

Niñas, estoy orgullosa de vosotras

Erase que se eran dos niñas mellizas, de ocho añitos cada una, que se llamaban Carlota y Ainhoa. Como eran mellizas y no gemelas, no eran físicamente iguales. Además, no tenían los mismos gustos, pero sí que compartían el mismo amor por la naturaleza que les había inculcado su mamá.

Carlota era fuerte, tenía el pelo ondulado negro como el tizón, los ojos color de miel y unas pecas graciosas en su mejilla izquierda. Llevaba unos pendientes de aro, uno en cada oreja, y era más alta y más fuerte que su hermana. Le gustaban los juegos de fuerza, y por las tardes competía con los chicos a correr todo lo deprisa que se puede hacia la fuente de la plaza y a carreras de coches.

Por su parte, Ainhoa era más pequeñita. Era delgadita, tenía el pelo claro, liso y largo y los mismos ojos color de miel que su hermana Carlota. Soñaba despierta con ser una princesita, y disfrutaba todas las tardes jugando con muñecas, a las que vestía con preciosos trajes largos de gala, “trajes de princesas”, decía.

Lo que unía a las dos era su agilidad en la gimnasia y su amor por la naturaleza, por lo animales y por las plantas. Su mamá les había enseñado a querer a los gatos que acudían al corral de su casa todas las tardes. Incluso asistieron al parto de la gata Lúa, y cada una se subió a su habitación a uno de los gatitos que tuvo.

Carlota y Ainhoa estaban felices con sus nuevas mascotas. Pero con lo que no se sentían nada bien y les provocaban pesadillas era lo que les había contado su

mamá sobre la razón de que los gatos del pueblo se reunieran en su corral todas las tardes. Su mamá les contó que muchas personas envenenaban las comidas porque no querían que se colaran en sus corrales; no como la mamá de Carlota y Ainhoa, que les ponía comida rica para que los gatos pudieran estar bien alimentados. Y por eso, siempre tenían el corral lleno de gatos que, por las noches, salían de allí en busca de otros sitios. Pero algunos nunca volvían y la conclusión que sacaron es que eran envenenados.

El día que supieron que envenenaban a los gatos, Carlota y Ainhoa lloraron amargamente, cada una encima de su cama. Al día siguiente, en la escuela, las mellizas se lo contaron a su amiguitas y a su maestra, Doña Francisquita. Las dos niñas contaron atropelladamente en clase que sus vecinos mataban a los gatos envenenándoles, y propusieron a sus compañeros, al unísono, que acogieran a un gatito en su casa para evitar que fueran envenenados.

Su protesta tuvo éxito porque los niños se lo dijeron a sus padres, y los padres se lo comunicaron a Doña Francisquita, que los reunió a todos para organizar una recogida de gatos por todo el pueblo. La iniciativa de Carlota y Ainhoa había tenido éxito. “Muy bien, niñas, estoy muy orgullosa de vosotras”, les dijo su mamá. Las dos mellizas se sintieron muy halagadas por el piropo de su madre. Así que idearon otro plan para que su mamá siguiera estando orgullosa de ellas.

Así que pensaron en qué cosas le gustaban a su madre en lo que pudieran hacer algo para que su mamá se sintiera orgullosa de ellas. A Carlota y a Ainhoa no le gustaba jugar a las mismas cosas, pero pasaron la tarde juntas pensando en cómo podían complacer a su madre. Y así llegaron a la conclusión de que a su mamá le gustaba mucho cuidar de sus plantas. Así que se armaron de valor y con una regadera

empezaron a regar las plantas del corral: rosales, geranios, romero... Pero Ainhoa, más débil que su hermana Carlota, no podía con la regadera rebosante de agua. Así que se le cayó al suelo y derramó toda el agua. Lo puso todo perdido. Pero su mamá no se enfadó con ellas, porque sabía que su intención había sido buena:

“No hace falta que hagáis mis tareas. Si me queréis complacer como lo hicisteis con los gatitos, convenced a vuestros amiguitos de que reciclen en sus casas para que ayuden a la naturaleza, que es lo que me gusta a mí”, les dijo. Bosques de pinos, de encinas y de álamos, donde anidaban avutardas, patos sisonos, aguiluchos pálidos y cernícalos... su madre enseñó a las mellizas toda esa variedad de plantas y animales durante sus paseos veraniegos por el campo que rodeaba su pueblo, en plena Tierra de Campos.

Dicho y hecho. Las dos mellizas se dispusieron a contar a sus amigos que había que reciclar. Pero... ¿qué era eso de reciclar? Le preguntaron a su padre por el significado de esa palabra:

“Reciclar es utilizar los materiales que hemos usado en unas cosas para fabricar otras y así no explotar la naturaleza, que ya está bastante contaminada”, les contó a sus niñas.

Después, su papá les enseñó que no había que echar el aceite usado por el fregadero, porque cada litro de aceite puede llegar a contaminar 1.000 litros de agua, un líquido la que necesitamos para vivir. También les contó lo importante que es reciclar las pilas y echarlas en un contenedor especial, porque si las echamos a la basura, las pilas pueden reventar, expulsar su contenido tóxico a la naturaleza y mezclarse con el

agua que beben personas y animales. Y su contenido sí que es tóxico y perjudicial para la salud.

También les hablo del vidrio de las botellas y de la posibilidad de poder reutilizarlo para fabricar otras botellas. Por último, su papá les habló del papel y del cartón que se fabrica con la madera de los árboles.

“¿Sabíais que para fabricar diez paquetes de folios se necesita talar un árbol?”, les contó a sus hijas. Carlota y Ainhoa se miraron horrorizadas. Ya habían comprendido de sobra la importancia de reciclar. Había que evitar que se talaran más árboles, que el agua que bebían los animales se contaminara.

En la mañana siguiente:

“¡Atended, niños: vuestras compañeras os quieren explicar algo importante!” dijo Doña Francisquita a sus alumnos.

Las dos mellizas habían ido a clase cargadas con dos cajas: una pintada de azul y la otra, de blanco. Se las enseñaron a sus amigos y les explicaron lo que su padre les había dicho el día anterior.

“Si queremos salvar árboles, tenemos que echar el papel en la caja azul y para no envenenar a los animalitos, tenemos que echar las pilas gastadas en la caja blanca”. A todos los niños les pareció una buena idea reciclar para que no talaran más árboles y para que los animalitos no murieran envenenados. De nuevo, una buena idea de las mellizas Carlota y Ainhoa había salvado a la naturaleza de ser destruida. O eso pensaban las dos niñas, que estaban felices de que su mamá siguiera estando orgullosa de ellas porque estaban salvando lo que ella más apreciaba: la naturaleza.